

# ***Contar, pintar y cantar en torno a los romances***

**Luis DE LA OSA FERNÁNDEZ-BRAVO \***

Los que hemos dedicado varios años a la enseñanza de la literatura sabemos salir airosos, enseñando lo que son los romances. Hemos impartido clases metodológicamente aceptables, clases provechosas; los chicos han aprendido lo que significa y lo que evocan las palabras romance y romancero. Nos hemos atrevido, muchas veces, a montar audiciones de canta-autores; otras veces hemos hecho «pinitos» junto a los chicos, para componer.

Ese buen trabajo profesoral está ahí. Cientos de profesores enseñamos literatura y la solemos enseñar bien, porque nos gusta y porque, en muchos casos, también tenemos nuestros «pujos» de literatos. Quizá en este cariño radique nuestra mayor dificultad; no nos damos cuenta de que los chicos, a los que enseñamos, tienen menos necesidad de la literatura como contenido que nosotros. De todas maneras, el tiempo viene a enseñarnos que ellos, los que pasan por nuestras aulas, van a tener otras profesiones distintas de la nuestra.

## **¿Habéis jugado alguna vez a la poesía?**

Durante el presente curso, llegó un buen día en que yo, profesor de lengua y literatura de los cursos de la reforma de bachillerato, debería enseñar a los chicos de mi clase a manejarse entre los romances. La reforma, que no impone

---

\* Profesor de lengua y literatura en el centro Covadonga de Madrid.

muchos postulados inamovibles, sí recomienda utilizar, en la medida de lo posible, metodologías que tiendan a mantener activos a los muchachos. Yo quería ensayar nuevos caminos, pisar por otros senderos más adaptados a la realidad cambiante actual; deseaba, por otra parte, que los chicos aprendieran a conocer el romancero y debería girar el timón de las metodologías que frecuentemente utilizamos.

En mi mente, hace tiempo que martilleaban insistentemente varias ideas: para enseñar literatura hay que poner el énfasis en imaginar actividades divertidas, para que sientan, aprendan y se deleiten los alumnos con nuestra poesía más popular; los chicos no aguantan las clases normales porque las ven distantes e inasequibles, no les interesa la poesía. Hay que crear actividades lúdicas que la pongan al alcance de la mano.

– ¿Habéis jugado alguna vez a la poesía? ¿Es el grupo de clase capaz de imaginar juegos con poesías? – les picaba insistentemente.

En realizar una actividad lúdica radicaba la posibilidad de demostrar que los romances son un modo de comunicación popular, utilizado a lo largo de la historia, y que también hoy puede ser utilizado.

– ¿Estáis dispuestos a que con los romances hagamos otra cosa? Si sabemos dejar a un lado lo que solíamos hacer para trabajar sobre el romancero, habremos dado el primer paso para comenzar a hacer otra cosa –les decía a los muchachos.

Si planteaba una clase tradicional, tendríamos que realizarla dentro del aula. Esto nos conduciría insensiblemente a lo de siempre, a la rutina, la utilización de los recursos más frecuentes. Pero no intentaríamos ningún sistema innovador.

Estaba dispuesto a romper con la costumbre y, si quería poner en marcha algo nuevo, debería hacer una llamada a la participación.

– No puedo montar solo ninguna innovación. Hay que contar con vuestra colaboración y entusiasmo. La colaboración de otros profesores nos resultaría muy valiosa...

– Tenéis que pensar que con estas actividades lúdicas deberemos conseguir algo provechoso. Al colegio hemos venido no sólo para aprender sino también a afinar nuestros instrumentos de trabajo intelectual.

Los chicos y yo sometimos a riguroso análisis los distintos aspectos de la programación educativa. Estábamos poniendo en práctica otra innovación de la reforma. Los objetivos, los contenidos, las actividades, etc. fueron aspectos que desgranamos en nuestro análisis. De la evaluación, los chicos no quisieron hablar. Esta palabra podría ensombrecer todo el proceso, y yo no sentía tampoco la tentación de insistir en ello.

La innovación, decidimos todos, tiene que estar forzosamente en apretar el acelerador de las actividades. Los chicos ya se habían aprendido la canción de la metodología activa y, como los profesores de la reforma nos esforzamos por montar las clases con esta metodología, estaban regocijados y agradecidos de que se les brindara una nueva experiencia en este sentido.

Montar las actividades, que después contaré, suponía la utilización de loca-

les distintos del aula. Tampoco la utilización del tiempo podría ajustarse a la acostumbrada. Pero si queríamos hacer otra cosa, estaba claro que la ruptura de esquemas iba a ser frecuente en nuestro trabajo.

Comprendíamos todos que, aunque no tenían preeminencia, los objetivos generales de la reforma iban a estar ahí; los contenidos mínimos se asimilarían con el manejo de bibliografía y la realización de las actividades; y estaba claro que otros aspectos de la programación, aunque tampoco estuvieran especificados, se tendrían en cuenta, era inevitable.

Les planteé que la tarea había que afrontarla como un reto. Era un medio más que yo estaba utilizando para motivar el aprendizaje creador.

¿Serían capaces de dramatizar un romance? ¿Podríamos llegar a componer letra y música para los romances como lo hicieron los juglares y hoy hacen los canta-autores? ¿Tendríamos capacidad organizativa para levantar un mural gigante en el que explicaríamos distintos conceptos y realizaciones del romance-ro?

Este reto no sorprendería a la clase. Les tenía acostumbrados a asumir otros parecidos; ya estaban acostumbrados a realizar «pinitos» muy cercanos a las actividades que entonces proponía.

## **Aclaraciones para el paciente lector**

### *Los objetivos*

No tuve que consultar más objetivos en ninguna taxonomía. Verdaderamente, nunca pretendí que éstos fueran ortodoxos. Todo el montaje de esta actividad medio escolar, medio extraescolar; medio disciplinar, medio interdisciplinar, tampoco había pretendido ser demasiado ortodoxo.

Quería que todos los chicos participaran; que se lo pasaran bien y se divirtieran con los romances; que tanto profesores como alumnos utilizaran libremente la imaginación; que la experiencia les sirviera para algo; y, sobre todo, que los chicos individual y colectivamente adquirieran sentido de responsabilidad ante el trabajo.

### *Los lugares*

La realización de estas actividades precisaban de pequeños espacios, del aula, ocupada habitualmente por el curso y de otros espacios de mayor capacidad.

### *El tiempo*

La puesta en marcha de las actividades y su realización requerían un nuevo tratamiento del tiempo o temporalización de las actividades. La práctica de todas las actividades se dilató a lo largo de tres semanas. Los alumnos solicitaban tiempo para trabajo fuera del aula con suficiente antelación. Algunas clases, previo aviso, se dedicaron a facilitar el montaje de las actividades o a motivar el trabajo creador; otras se dedicaron a presentar la actividad, etc.

*El agrupamiento*

Los alumnos, como luego veremos, deberían reagruparse de distintas maneras según la actividad por desarrollar. Se utilizó el trabajo individual o personal, el pequeño grupo y el trabajo colectivo para la realización del mural gigante.

*La interdisciplinariedad*

En las actividades interdisciplinarias nos prestaron una valiosa colaboración los profesores de música y dibujo. Sin ellos, estas actividades hubieran tenido menos brillantez y apoyo técnico.

**Aprendiendo a tomar apuntes con los romances**

El objetivo en este caso estaba muy claro. No dictaba los apuntes para que los chicos copiaran contenidos, que frecuentemente están mejor expuestos en los libros; lo hacía con la vista puesta en que los chicos aprendieran a escuchar y a transcribir ordenadamente lo que habían escuchado.

Les había explicado la necesidad de aprender a tomar apuntes en clase. Recoger información hablada, y que ésta se pase al papel con fidelidad, sabiendo recoger lo esencial —les dije— no es tarea fácil.

Se convencieron de que el tema del romancero o cualquier otro tema podría servirles para empezar a conseguir el dominio de esta técnica intelectual. No deberíamos dejar esta ocasión.

Les expliqué una pequeña síntesis de lo que dicen los libros de metodología del trabajo intelectual: el tamaño del papel aconsejado, los márgenes, la necesidad de contrastar los apuntes recogidos, etc.

No deberían intentar copiar literalmente las palabras pronunciadas por mí durante la exposición. Más bien tendrían que ir sintetizando, según su forma de escribir, las ideas expuestas, sin dejar de consignar las que a su juicio les parecieran principales.

Insistí en el hecho de que deberían mantenerse relajados, ya que, fundamentalmente, hacíamos esto para que aprendieran la metodología y no por la adquisición de contenidos en sí. Era el primer intento para practicar esta metodología. Por tanto, deberían hacerlo lo mejor posible, pero sin nerviosismo ni preocupación.

Había preparado los contenidos a conciencia. Compuse un esquema previo que luego sirvió a los chicos para contrastar lo que habían conseguido. El esquema era breve y no muy profundo, porque en ningún momento se pretendió agotar el tema, ni dar un esquema exhaustivo de la materia. Tenía muy claro que los chicos no iban a ser especialistas en literatura y tampoco deberían presentarse ante un tribunal muy severo.

Cada uno de los subtemas iba precedido de un apartado enunciado en forma interrogativa, con lo cual la exposición aparecía más motivadora. Los subtemas estaban enfocados hacia el origen de los romances, las clases, los ciclos, los temas utilizados por los poetas y la importancia de esta composición épica a través de la historia.

La charlita duró aproximadamente 25 minutos. Los alumnos, durante ésta, no deberían preguntarme; si pudo hacerse, en cambio, antes de comenzada la explicación y después de concluirla. La exposición se hizo de una manera conscientemente lenta. Así los alumnos no se perderían, ni se quedarían descolgados.

El tiempo restante de la clase, los alumnos se dedicaron a contrastar, con los compañeros más próximos, sus apuntes; deberían subsanar las lagunas dejadas mientras se exponía el tema. Durante unos minutos, pues, contrastaron los apuntes, los perfeccionaron y los dejaron perfilados para poder ser leídos.

Cuando ya todos creyeron tener rematados sus trabajos, y para observar la variedad que podría producirse, según el estilo propio de cada uno, se leyeron en voz alta algunos de los seleccionados por los propios chicos. Todos participamos en la corrección de deficiencias, en la clarificación de las frases mal construidas. De esta manera, tuve la oportunidad de repetir los puntos más interesantes de la metodología y de alabar los aspectos más destacables conseguidos por algunos muchachos.

Aunque a primera vista pudiera parecer que la metodología de esta actividad estuvo centrada en la clase magistral, en la práctica los agentes fueron los alumnos. Yo me limité a servir de magnetófono y a orientar el trabajo que estaban realizando.

## **La música y el romancero**

Para llevar a cabo esta doble actividad artística, distribuí a los alumnos en grupos de 7 u 8, procurando que en cada uno de ellos hubiera personas destacadas en el tema musical y en el de dibujo y pintura.

En primer lugar, cada grupo debería seleccionar los discos o cintas que encontrara; en segundo lugar, los responsables de cada grupo se encargarían de hacer una lista con los romances y canciones populares más apreciados en los distintos grupos.

Hecho este trabajo y fijado el día para la audición, escuchamos los romances y las canciones populares. Discutimos su valor, entresacamos las melodías y los ritmos más apreciados y cada grupo retuvo el material que más le convenía para su ulterior trabajo.

A partir de estos ritmos, los grupos, por separado y con ayuda de la profesora de música, dedicaron algún tiempo a crear los ritmos apropiados para los romances que deberíamos componer. Experimentamos adaptando melodías a poemas ya realizados en clase, y pusimos letra después de haber creado algunos ritmos. Espontáneamente aparecieron instrumentos musicales. Nos faltaba ejercitarnos en la composición de poemas.

Invité a los chicos a que imitaran un pequeño poema arromanzado. Yo mismo participaba en el juego, intentando imitarlo también. Muchos de los alumnos, parecía asombroso, dieron enseguida con la clave de la composición de los romances. Los leían sin necesidad de que se les obligase. Constataron, después de la lectura, que la mayoría estaban preparados para escribir un romance decente y presentable. La creación de romances había resultado menos traumatizante de lo que suponíamos.

De entre los producidos por los alumnos de cada grupo, tenían que elegir el más apreciado o el más votado. Había llegado el momento de sintetizar la creación poética con la actividad musical. Los chicos, divididos en grupos, adaptaron las letras y músicas; ensayaron su primera canción; creada en común; y nos deleitamos y nos divertimos esforzándonos por competir sanamente. La audición de las canciones les resultará siempre inolvidable.

Como puede comprenderse, esta actividad se realizó en el aula y fuera de ella. Pero todos estuvieron responsablemente en movimiento: tanto los que escribían bien como aquellos a los que les costaba hacerlo, tanto los que tenían buen oído como aquellos que desafinaban constantemente. Todos, sin complejos, dieron de sí lo que tenían.

### **La plástica y el romancero**

En una o dos cartulinas deberían, los chicos, articular su habilidad para el dibujo y los colores con la plasticidad dramática que representaban algunos romances. Este nuevo giro de las actividades ilusionó a la mayoría de los alumnos familiarizados con los tebeos o historietas infantiles, historietas que les siguen proporcionando placer y les introducen insensiblemente en el mundo de la lectura.

También solicitamos del profesor de dibujo que preparara a los chicos para contar historietas sencillas. Éste colaboró con los chicos, enseñándoles los recursos utilizados en la construcción de viñetas. De esta manera se les facilitaba la posibilidad de dramatizar en viñetas la historia de cualquier romance conocido.

Los grupos de alumnos seleccionaron, cada uno por su parte, el romance preferido; estudiaron la anécdota; levantaron un boceto de las posibles viñetas y montaron la correspondiente historia, fragmentada en escenas.

Cada viñeta debería llevar al pie, versos del romance escogido, alusivos al dibujo correspondiente. Los globos de las viñetas deberían estar rellenos con textos, creados por los propios alumnos.

Los materiales y la técnica empleada podrían variar con tal de que los alumnos se atuvieran a las mínimas normas de juego pactadas y explicadas al principio de la actividad.

Esta actividad se realizó también dentro y fuera del aula. Y los chicos realizaron su trabajo casi siempre en pequeños grupos.

El resultado lo pudimos contemplar en el aula donde fueron expuestos los murales confeccionados por los distintos grupos.

### **Creación de un mural gigante para explicar el significado del romancero**

Este trabajo pretendía ser la síntesis de lo realizado en las actividades anteriores. Todos los alumnos deberían participar en su confección. A partir de los grupos creados para las anteriores actividades, cada grupo aportaría ideas para levantar un gigantesco mural. Hasta este momento, nunca se había intentado

en nuestro centro semejante tarea. Todos poníamos en duda la capacidad de realización y sobre todo de organización que requería llevar a la práctica semejante idea.

El mural mostraría, a personas poco informadas sobre este tema, una visión de lo que era y significaba el romancero.

Una puesta en común, en clase, sirvió para que todos los aspectos se clarificaran, se hicieran propuestas de modos de organización, se suscitaban ideas sobre los medios y materiales que se deberían utilizar.

Antes de que se llevara a la práctica, los encargados de cada grupo presentarían un boceto que tuviera el esquema de los contenidos, dibujos, etc. del mural.

Cuando todos los grupos tuvieron preparado el material, fijamos el día y la hora en que los alumnos deberían poner manos a la obra para ensamblar, sobre un papelón de unos diez metros, los trabajos preparados y seleccionados por el equipo organizador. Durante esta sesión de trabajo, todos los alumnos tendrían encomendada alguna misión o tarea. Si surgían dudas y necesidades habría que solventarlas antes del día fijado. Yo había explicado pacientemente la tarea que deberían realizar; los encargados de la realización eran los únicos responsables directos y por ello se debería preparar muy bien de antemano las dificultades que pudieran surgir.

La sesión de montaje tuvo, al principio, desorganización, titubeos, y hasta conatos de juerga y dispersión. Yo observaba y callaba, esperando que poco a poco se fueran centrando los despistados, porque la mayoría estaba trabajando responsablemente y sabía muy bien lo que tenía que hacer. Habíamos solicitado permiso para continuar la actividad durante dos horas seguidas; pero todos suponíamos que el tiempo resultaría escaso, si cada miembro no aportaba la ayuda necesaria. Los que creyeron que con la aportación de su trabajo individual quedaba terminada su tarea se fueron dando cuenta de que para colgar el mural en la clase tendrían que arrimar el hombro hasta que estuviera colocado.

El mural gigante quedó expuesto en el aula después de dos largas horas de trabajo y la mayoría se sintieron satisfechos de haber podido realizar la pesada pero divertida tarea que se habían impuesto.

Se había cumplido también el objetivo de ver trabajar en un mural a los 40 alumnos de la clase.

Como puede comprenderse, llevar a cabo esta tarea precisa de un espacio libre sin sillas ni mesas. Si gran parte de los 40 alumnos deben trabajar sobre un papelón, éste debe estar extendido sobre el suelo en un espacio libre.

## **Valoración**

Fundamentar la valoración de estas actividades en un examen, en una encuesta o cualquier otro instrumento de medida hubiera estado en desacuerdo con los deseos de los chicos y los míos propios. No obstante, los chicos y yo pensábamos que deberíamos celebrar una puesta en común para valorar lo que habíamos estado haciendo a lo largo de tres semanas largas. Así lo hicimos.

Lo más divertido para ellos –y para mi también– resultó la sesión en que los alumnos ayudados por los profesores compusieron ritmos y melodías a golpe de palmas.

Lo más gratificante para muchos, y quizá lo más angustiioso, fue el día de la composición del mural gigante.

Lo más criticado, en fin, resultó la utilización del tiempo. «Las actividades oficiales segaban gran parte de nuestro interés e ilusión», dijeron. Yo también comprendo que la ruptura del tiempo escolar tradicional resulta muy difícil; estamos acostumbrados a salir de una clase para entrar en otra; a continuar mañana lo que hemos dejado de hacer hoy; a seguir mañana en la quinta lección, porque hoy hemos terminado la cuarta.

Creo, por mi parte, que estoy en disposición de afirmar que los resultados son satisfactorios.

Con estas actividades, por ejemplo, se fomentó la creatividad de todos los alumnos de una clase. La creación, con todos sus inconvenientes, es un elemento básico de nuestra pedagogía, porque ayuda a formar alumnos creativos y no simples robots, repetidores de lecciones. Y fomentar este aspecto personal significa dar a cada hombre parte de lo que lleva dentro o, al menos, no negarle sus propias cualidades.

En cuanto a los conocimientos, aspecto que preocupa tanto a los que piensan que la enseñanza consiste fundamentalmente en saber cosas, recordemos que lo aprendido por uno mismo se asimila mejor y resulta más gratificante, más creativo y más vivo.

He podido comprobar que estos trabajos suponen un desahogo y una liberación de la sobrecarga de tensión que acumulan nuestros alumnos a lo largo del curso. Resulta, por ello, primordial que nuestras clases sean poco tensas y sí muy relajantes.

El balance, pues, de estas experiencias es más bien positivo, si se tiene en cuenta, precisamente, los horarios, el número de asignaturas, los métodos, etc. de nuestros centros escolares.

Ésta y otras experiencias, merece la pena que se pongan en práctica. No podemos olvidar por más tiempo que el aula no es la clase del profesor; es o debería ser la clase de un grupo en el que los alumnos se encuentran a gusto y responsablemente preocupados por el futuro.

La mayoría de los chicos del grupo había asimilado qué eran, para que servían los romances, y quiénes los habían utilizado a través del tiempo. Sabía que los chicos, después de estas sesiones, no se olvidarían, serían capaces de explicar y de hablar sobre lo vivido en estas actividades.

La actividad de expresión más aceptada fue la recreación de poemas mediante la expresión plástica. Muchos manifestaban que esta actividad además de agradarle sobremanera les había ayudado a comprender mejor el sentido épico de los romances.

Referían también que se habían dado cuenta de que escribir poemas no resultaba tan difícil, ni tan aburrido como creían antes de participar en la experiencia.

